

Emilio Belmonte

Cómo se filma un unicornio

LHG



hespérides

Cómo se filma un unicornio

COLECCIÓN
Las Hespérides

EMILIO BELMONTE

**Cómo se filma
un unicornio**



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2026

© De los textos: Emilio Belmonte Molina 2025

Madrid, 2026

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Diseño de cubierta: *Patricia Romero* para La Huerta Grande

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-86-3
D. L.: M-9952-2026

Imprime: Gracel Asociados, C. Valgrande 15. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

*y entro en los campos y anchos palacios de la memoria,
donde están los tesoros de innumerables imágenes
de toda clase de cosas acarreadas por los sentidos*

San Agustín

a *Juana Molina*

primera parte
palacios de la memoria

—mira a ver si puedes subirme el sonido de los auriculares, que no oigo casi nada, y ayer cuando lo probamos se oía de puta madre, de verdad que no lo entiendo

—espera, Emiliaco, espera, que el menú de la cámara es un pollo muy gordo y no me aclaro con los botones, no me tapes la luz de la farola

—vale, pero por qué se escuchaba bien ayer y ahora no, déjame ver el nivel del sonido en la pantalla... dale, dale ahí, y además tenemos que ponernos las pilas, parecemos dos gilipollas que no saben usar la cámara, tirados aquí en medio de la calle... ¿has visto que la fila le da la vuelta a la esquina? hay por lo menos quinientos inmigrantes, y mira allí, la policía nacional

—puff... qué fuerte tío, vaya jaleo tienen aquí montado, oye, ¿y si nos sentamos cinco minutos en la acera, y vemos lo que pasa con el menú? porque no aparece ni la puta fecha en la pantalla

—Gabilo, ¡la fecha da igual! lo que hay que hacer es resolver el tema del sonido, ponernos de acuerdo con los planos del principio y empezar a rodar lo que sea...

—que sí, que sí, no te agobies, Emilio, que te conozco, acabamos de llegar ¿vale?, miramos lo del sonido un momento para no cagarla y después empezamos por donde tú quieras, no te preocupes que esta gente no se mueve de aquí... ¿grabamos primero un poco desde la acera de enfrente o vamos antes a hablar con alguien y nos presentamos?

como el orden de los recuerdos es el orden de las cosas, he buscado, cediendo al deseo irrefrenable de comprender por qué hago este trabajo si no es, y no podría ser, en ningún caso, por casualidad, la casete con las imágenes de la fila de inmigrantes que grabamos Gabriel y yo en una calle de Almería, hace ya veinticinco años, imágenes que me han acompañado en cada una de las mudanzas junto a cientos de casetes en cajas de los primeros documentales experimentales, fracasados o inéditos, tiempo atrapado como el agua quieta de un aljibe en una mezcla de fechas, personajes y voces que se confunden en París, Auschwitz o Mumbai, huellas y recuerdos sumergidos, aunque yo no hubiera olvidado nunca aquel rodaje en Almería

cómo olvidar la sensación salvaje de sorpresa que sentí la primera vez que tuve una cámara en las manos y miré por el visor o la pantalla de aquel tótem frío y metálico, olvidar los rostros de aquella fila que hoy asoman de nuevo en el ordenador convertidos en imágenes de archivo del mes de diciembre del año dos mil, cuando llegamos con un trípode y una bolsa de cámara a las inmediaciones de la oficina de extranjería, cerca del viejo cargadero de minerales y el muelle hondo del puerto, resueltos a empezar el rodaje de nuestro primer documental

en los aledaños del austero edificio descubrimos un campamento improvisado con cientos de inmigrantes sin papeles reunidos con la esperanza de regularizar su situación, una precaria torre de Babel donde mataban el tiempo marroquíes, senegaleses, pakistaníes, encadenados a la promesa de un trozo de papel, como tántalos modernos naufragados en las calles húmedas de la noche

nadie podía explicar cómo había surgido aquel rumor, ni de qué forma se había propagado hasta ciudades y comarcas

situadas a más de mil kilómetros de distancia, hasta acabar cristalizado en pleno centro de Almería, y sin embargo la promesa era falsa, el documento que recibían apenas traspasadas las puertas de la administración, abiertas después de años de espera en muchos casos, aquel resguardo con un número mecanografiado junto a un nombre y una fecha no tenía valor alguno, y a pesar de que las autoridades lo repetían una y otra vez en declaraciones a radios, televisiones y periódicos, el campamento de fortuna no sólo no se dispersaba sino que los autobuses de línea y los coches desvencijados seguían llegando cada día más numerosos, cargados de hombres esperanzados o desesperados, como si pese a todo hubiera en aquel bulo un atisbo de verdad

—joder, pues aquí estamos —murmuró Gabriel escudriñando las sombras mientras dejaba la bolsa de la cámara a sus pies y se recogía el pelo en una coleta, plantados entre dos coches, sin que nadie nos prestara aún atención, rodeados de cuerpos sobre cartones esparcidos por el suelo

eran hombres de todas las edades cubriéndose con mantas para protegerse del relente bajo los soportales de los edificios, o susurrando en corros bañados por las luces amarillas de tungsteno, sin que se distinguiera ninguna mujer entre ellos, pronunciando tal vez la palabra cansancio bajo las cazadoras y los chándales, recordando los lugares donde fueron alguna vez niños, comentando la paga miserable que tenían sus días de faena en el campo o acaso pensando, sin poder evitarlo, que al día siguiente podían cambiar sus vidas para siempre, mientras dos policías veteranos fumaban en la esquina, junto al coche patrulla, y apaciguaban con desgana a los fisgones del barrio

los nervios resbalaban por mi espalda, bajo el chaquetón, con un escalofrío de sarmiento, y las manos empezaron a sudarme porque la espera antes del rodaje siempre es lo más difícil, cuando el miedo se parece al agua que enloquece en los cántaros, no nos dejes caer, no nos dejes caer en vano ahora

—hostia, Gabilo, no sé cómo le vamos a meter mano a esto

Gabriel estaba liando un cigarrillo sin apartar la vista de las sombras

—ni yo... pero mejor no tiramos del zoom electrónico de la cámara porque es una mierda, se ve todo pixelado, y más ahora de noche

—bueno, el micrófono sí que es bueno, ahora se oye perfecto, toma los cascos y pásame el tabaco

le puse con cuidado los auriculares, donde los ruidos de la calle despertaban un eco nuevo y brillante de metal en la noche, Gabriel cerró los ojos y asintió

— se oye bien, sí, lo más importante es que nos movamos los dos a la vez, y cuidado con la pértiga porque si tiras del cable de sonido se desconecta de la cámara y encima jodemos el plano

—ya lo sé, ya, por eso digo que tenemos que hablar antes los dos, tener claro lo que vamos haciendo, y pasarnos la cámara un rato cada uno, yo también quiero filmar ¿eh?

—claro, coño, cuando tú me digas te la paso... hay que estar al loro porque hay un mazo de peña y no sabemos cómo van a reaccionar cuando nos vean con la cámara, si hay mucho lío lo guardamos todo y listo... oye, y nada de salir corriendo ¿eh?

sonreímos los dos, yo apretando los labios de azogue y él enseñando los dientes, como un pirata listo para el abordaje

tres días antes aún estábamos en París, donde leímos la noticia en un periódico español que habíamos comprado bajando desde nuestra colina hasta un kiosco al pie del metro de Belleville, el barrio donde compartíamos un minúsculo ático y una terraza con vistas a la ciudad *hecha de lobos abrazados* que el poeta César Vallejo conociera mucho tiempo atrás, la ciudad espeluznante de fracasos triunfales donde aguantábamos como cuerpos en jaulas o jaulas en cuerpos, balbuceando en una lengua extraña, entre la lluvia y el crepúsculo

la noticia hablaba de *colas de inmigrantes atraídos por el rumor de una falsa regularización en Almería*, y no nos costó mucho trabajo decidirnos a hacer las maletas porque, según Gabriel, ya era hora de hacer algo que valiera la pena, y en mi caso rodar aquel documental era una oportunidad para acabar de una vez por todas con la lealtad mal entendida a mis raíces, esa lealtad que mi padre me reclamaba siempre con la misma monserga

—tú te crees que lo sabes todo pero de inmigrantes y del campo no puedes hablar, las cosas no son como tú piensas, en Francia lo que quieren es hundir el campo almeriense, y ten cuidado con lo que dices, que aquí nos conoce todo el mundo, no te metas en camisa de once varas, ni se te ocurra traicionar a los tuyos

los míos eran los agricultores porque mis cuatro abuelos habían vivido en un mundo de pequeños cortijos encalados, medidos en tahúllas de la vega de Almería, partiéndose el lomo toda la vida con la tierra salada, la que daba los tomates más dulces, cuando aún no había inmigrantes ni invernaderos sino bancales y cañizos doblándose hasta el mar, aves del paraíso en el estiércol y eras quemadas bajo el sol donde yo jugaba de niño, y

ahora mi padre me exigía docilidad y silencio para evitar que mis paisanos me desterraran por hereje, como le sucedió a Spinoza

por la decisión de los ángeles y el juicio de los santos agricultores, maldito sea de día y maldito sea de noche, maldito sea cuando se acuesta y maldito cuando se levanta, maldito cuando salió de Almería y maldito cuando regresó con una cámara

—venga, Emiliaco, ahora sí, vamos al lío, pásame una cinta, están en el bolsillo de delante

—no sé si nos dirán algo los policías, pero bueno... nosotros a lo nuestro y ya veremos, ¿no?

—fijo, vamos a echarle huevos, empezamos en la acera de enfrente, ¿te vale? hacemos un plano general de toda la peña, y luego poco a poco nos acercamos, tú tienes mucha labia, si hace falta explicamos lo que estamos haciendo y ya está, que estamos de su parte, coño

—sí, claro, como si fuera tan fácil

—tú dale, en peores plazas hemos toreado

habíamos llegado a Almería sin dinero ni contactos con asociaciones de inmigrantes, sin un plan de rodaje ni expectativas de ningún tipo para el documental, sólo con un deseo ciego de filmar lo que sucedía en la comarca del poniente, donde se concentraba la mano de obra en miles de hectáreas de invernaderos y aún resonaba el eco tenso de los disturbios acontecidos aquel año, cuando vecinos y agricultores habían decretado la caza al inmigrante durante varios días en el pueblo de El Ejido, formando barricadas, quemando casas, propinando palizas y provocando la huida de las familias marroquíes, una jauría humana desatada tras el fallecimiento de una joven del pueblo a manos de un inmigrante desequilibrado